

ESAS apariencias de la historia que tanto engañan reducen el último siglo y medio español a una sucesión —apenas interrumpidas por inestables treguas— de guerras civiles y de los consiguientes exilios del bando derrotado. La última guerra, la de 1936-1939, podría así ser vista como una peculiar española bélica más; y la gran diáspora de 1939 sería, a su vez, otro exilio más de españoles derrotados. Es patente, sin embargo, que la guerra de 1936-1939 difiere considerablemente de las guerras declamatorias: y el contraste entre el exilio de 1939 y los anteriores es igualmente marcado. Porque aquellas guerras y aquellos exilios eran realmente peculiaridades hispánicas, eran, en suma, «insularidades» históricas españolas. La guerra de 1936-1939 no fue, en cambio, un acontecimiento histórico español aislado con esa guerra volvió España a entrar en la historia universal del planeta. Mas esta universalización del conflicto español no se debió fundamentalmente a la participación, directa u oblicua, de otros hombres y otras naciones, próximas y lejanas, en la guerra española. La transformación de una guerra, originariamente, aparentemente «peninsular» en un episodio central de la historia universal del siglo XX —en un episodio, en verdad, de la historia perenne del planeta— tuvo su primera raíz, su punto de partida, en un hecho histórico español, en un nuevo factor de la historia española moderna: el nivel universal que había alcanzado en 1936 la cultura española. Ya Ortega, en 1922 había señalado que los intelectuales españoles habían «conquistado en la estimación de los demás pueblos un puesto para España, que desde hace siglos no ocupaba». Pero esta afirmación la hace Ortega antes de una prodigiosa década de la cultura española, 1926-1936: antes de las grandes creaciones literarias de García Lorca, de Jorge Guillén, de Pedro Salinas y de muchos más. Y por eso me aventuro a sostener que la llamada «internacionalización de la guerra de España» fue, ante todo, una consecuencia de la creciente internacionalización de la cultura española desde principios del siglo. Dos ejemplos de sucesos muy conocidos ilustran el contraste entre las guerras «locales» españolas del siglo XIX y la guerra de 1936-1939 con proyección universal de 1936-1939: Larra y García Lorca. El suicidio de Larra fue, sin duda, vivido por sus coetáneos como uno de los efectos del conflicto interno español de 1837: mas su muerte no tuvo significación histórica fuera de España o de las fronteras de la lengua castellana. Muy al contrario, la víctima sacrificial que fue Federico García Lorca se convirtió de inmediato en uno de los símbolos trágicos de la cultura universal del siglo XX: pero sucedió así porque Federico García Lorca era antes de su muerte uno

de los poetas principales de nuestro tiempo, mientras que Larra y los escritores de la generación de 1837 no podían alcanzar la universalidad de los románticos transpirenaicos. En resumen, la guerra de 1936-1939 no habría trascendido las fronteras de la historia española si la España intelectual y artística de 1936 no hubiera estado en el más alto nivel creador de toda la historia moderna de los pueblos de lengua castellana. Y ese alto nivel había sido alcanzado porque en las tres décadas anteriores se había realizado en España un deliberado y continuo esfuerzo hacia lo que Rubén Darío había llamado, proféticamente, en 1898 la «universalización del alma española». Una parte sustancial de ese esfuerzo colectivo —dirigido por la Junta para Ampliación de Estudios— había

sidido la actividad científica. Porque la generación de 1914 fue quizá la primera generación española a la cual dio la ciencia su tonalidad intelectual. Pero, sobre todo, retengamos del artículo de Rey Pastor la caracterización anímica de esa generación: «Una generación extrovertida hacia la alegría de la vida». En Ortega, en Negrín, en Salinas, en tantos otros, encontramos esa «extroversión» antuflasta. Recurramos ahora a otro integrante de la generación de 1914, Luis Olariaga: sus artículos de junio de 1925 en *El Sol* («Tres generaciones intelectuales del Ateneo») son quizá la mejor definición que de sí misma dio esa generación. Era, según Olariaga, «la primera generación de tipo europeo». Y añadía Olariaga:

«El mal de la política española era la incompetencia... Había que empezar por formar los hombres competentes... habrían de entrar en la vida pública con el propósito de investigar los problemas nacionales... de educar al pueblo en ese nuevo método de hacer política... La generación de la anteguerra (así la llamaba Olariaga), aprendió en Europa a desconfiar de los esquematismos radicales del siglo XIX... No es que fuera indiferente a los principios abstractos sino que entendía que sólo con principios abstractos no podía hacerse política...».

Fue esa generación, concluye Olariaga, una generación muy ambiciosa, con una aspiración original enteramente quijotesca: la de hacer ciencia y política simultáneamente. Propósito que aquella generación estimaba entonces, en 1925, irrealizable: recuérdese que eran los años del gobierno dictatorial del general Primo de Rivera. El guía y maestro de su propia generación, Ortega y Gasset, había escrito pocos años antes que Olariaga: «Ciencia y gobierno son, acaso, las dos más opuestas actividades humanas». Este sentimiento del Ortega de 1922 no fue, sin embargo, la norma definitiva de su generación: como los partidos políticos habían sido disueltos por el general Primo de Rivera (con la sola excepción del partido socialista) los intelectuales se vieron obligados (casi forzados, diríase) a sentir de nuevo que debían intervenir en la política española. Y esa participación de los intelectuales en la política española —muy intensa, sobre todo desde 1929— fue indudablemente un factor decisivo en el cambio de régimen político español el 14 de abril de 1931.

Debo, ahora, apresurarme a indicar que no me propongo en estas páginas ofrecer una teoría de la relación entre la «nueva» ciencia y el gobierno en la España del siglo XX: esa tarea corresponde al sociólogo y no al historiador. Por supuesto, el historiador ha de recurrir constantemente a los trabajos de los sociólogos, pero debe evitar cuidadosamente las tentaciones de la metodología sociológica. Mantengo, quizá algo machaconamente en mis cursos universi- ▶

Ciencia y gobierno

LA SIGNIFICACION HISTORICA DE JUAN NEGRIN

Juan Marichal

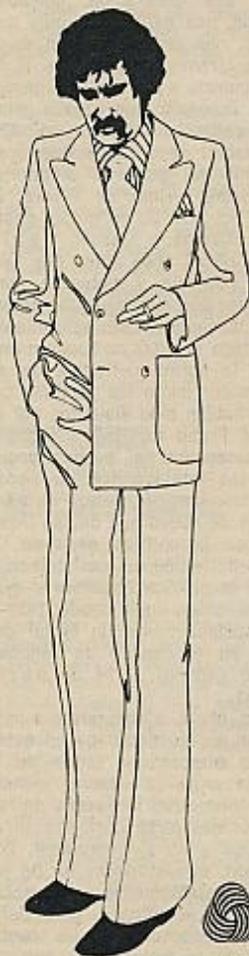
«En oposición a la España introvertida que deseaba Unamuno, poblada de hombres acurrucados al sol... consagrados a meditar sobre el enigma de la muerte, surgió una generación vigorosa y optimista, extrovertida hacia la alegría de la vida, que se propuso reanimar la historia de España por nuevo rumbo y hacia nueva meta...».

Rey Pastor aludía indudablemente al desdén manifestado por don Miguel ocasionalmente (y quizá, maliciosamente) respecto a la ac-

Ermenegildo
Zegna



La decisión de
un hombre elegante.



PURA LANA VIRGEN

30 triunfo

tarios, que el historiador ha de seguir el principio hipocrático tan bien reformulado por don Miguel de Unamuno: «No hay opiniones, sino opinantes». El historiador ha de esforzarse por acentuar la singularidad del «opinante» y debe dejar en manos de los sociólogos las «opiniones», los elementos genéricos. O como decía mi llorado maestro, don Américo Castro, el historiador ha de ocuparse del «quién es de las historias».

Y en estas páginas me voy a ocupar de uno de los hombres más singulares —y al mismo tiempo más representativos— de la generación española de 1914: el doctor Juan Negrín, catedrático de Fisiología de la Universidad de Madrid y Presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República de mayo de 1937 al final de la guerra de 1936-1939. Tiene también el doctor Negrín la particularidad, para el tema que consideramos aquí, de haber presentado una ponencia sobre «ciencia y gobierno» en un congreso internacional celebrado en Inglaterra en septiembre de 1941.

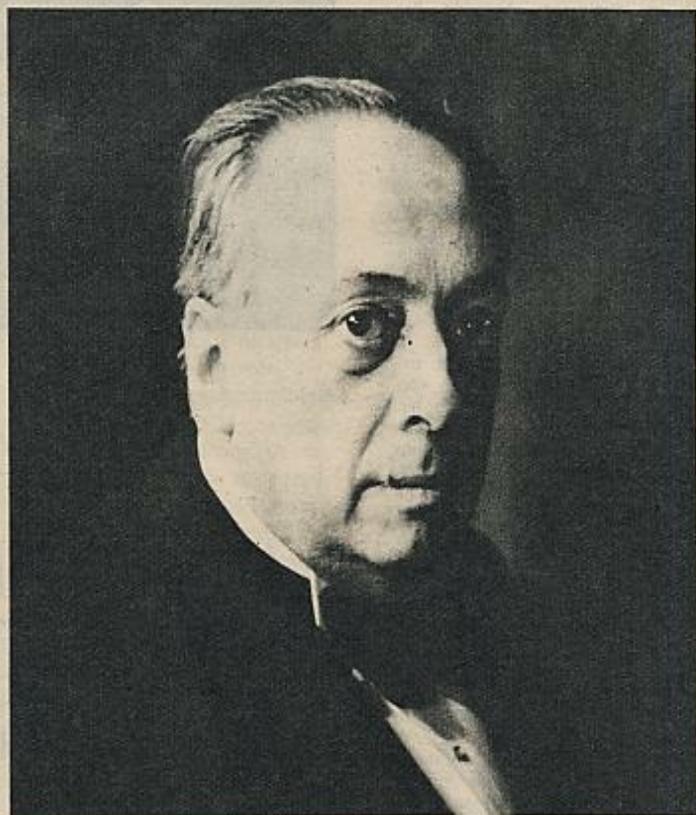
Que el doctor Negrín es un desconocido para la generalidad de los españoles es una patente perogrullada. Debo añadir que el mismo doctor Negrín contribuyó muy deliberadamente a velar las huellas de su acción histórica: ni siquiera en la lápida de su tumba parisina figura su nombre. Y en ese afán de anonimato, de desdén por los signos de pervivencia histórica que tanto buscan otros hombres —literatos y políticos, por ejemplo— veo en el doctor Negrín una de las más admirables características del hombre de ciencia: la entrega impersonal a la búsqueda de la verdad sin ulteriores finalidades publicitarias. Pero en el ocultamiento aludido del doctor Negrín hay factores no exclusivamente atribuibles a su condición de hombre de ciencia: en otra ocasión volveremos a ese rasgo singularísimo de su personalidad histórica.

Nacido el 13 de febrero de 1892 en Las Palmas, Canarias, Juan Negrín pertenecía a la oligarquía comercial de las islas; pero, en contraste con las actitudes frecuentemente anticlericales de algunas de las familias principales de esa oligarquía, la familia de Juan Negrín era acentuadamente religiosa: su único hermano profesó en una orden religiosa docente y su madre vivió sus últimos años en Lourdes por su especial devoción a la imagen allí venerada. Como era también frecuente en las familias de la oligarquía comercial isleña, Juan Negrín —tras completar precozmente el Bachillerato— marchó a Europa para iniciar una carrera universitaria: se matriculó en la Facultad de Medicina de Kiel, trasladándose luego a la más importante de Leipzig, donde obtuvo el grado de doctor el 3 de agosto de 1912. En los años siguientes hizo trabajos de investigación y ejerció funciones docentes en el Instituto de Fisiología de Leipzig. Añadamos que como muchos jóvenes de la

JUAN NEGRÍN

burguesía canaria de su tiempo, Juan Negrín había aprendido (además del alemán) las dos principales lenguas de la Europa comercial novecentista: el inglés y el francés. Se familiarizó también con el ruso —ya que casó con una joven de la alta burguesía rusa que, también estudiaba en Leipzig—, pero el idioma conyugal fue preferentemente el francés. Por su formación universitaria era, por lo tanto, Juan Negrín uno de los jóvenes españoles de la generación de 1914 más enteramente europeizados, más normalmente europeos. Recorde-

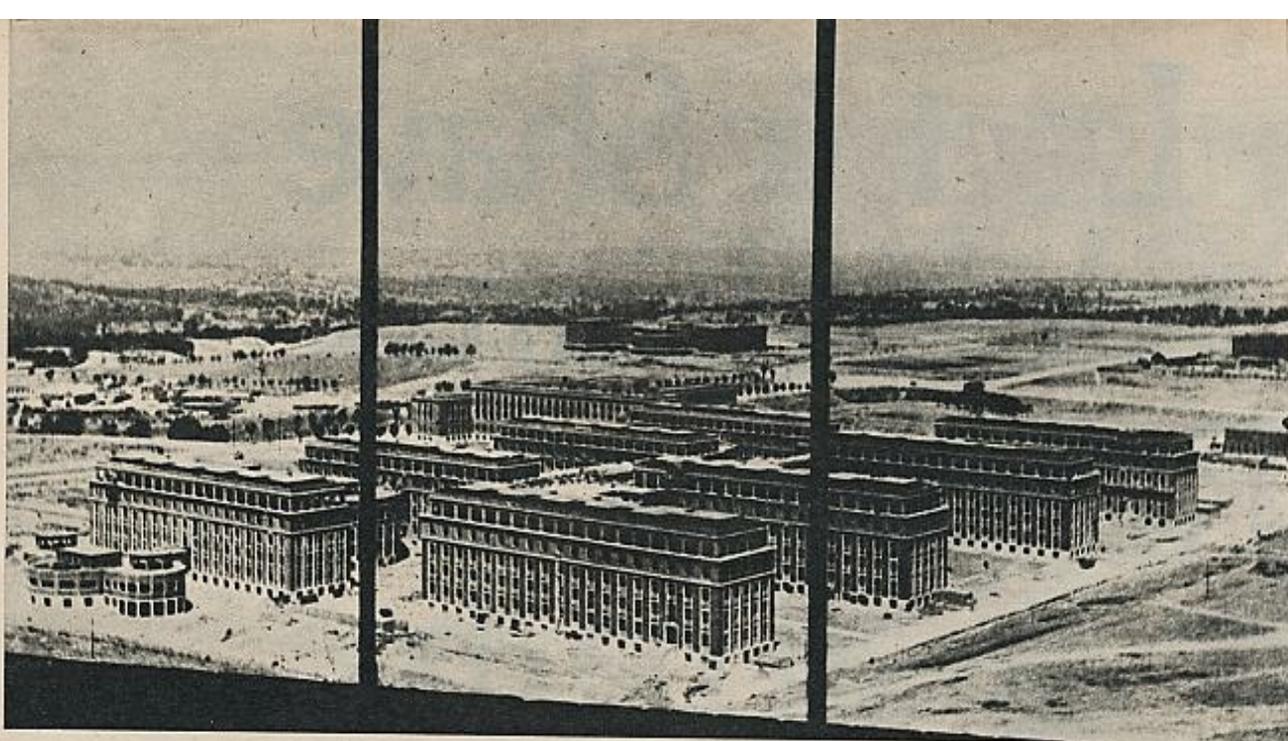
ción» intelectual de los jóvenes españoles de la generación de 1914 solía tener como obligado corolario su adhesión al socialismo; para ellos ser (sin filiación partidista) socialista era una de las formas de ser plenamente europeos. El joven hombre de ciencia que era Juan Negrín en 1912 sentía probablemente que aquella Alemania era la síntesis acabada de la nueva Europa soñada por los maestros de Marburgo o de Leipzig. Pero la guerra de 1914-1918 rompió aquel sueño: el joven Negrín, algo más tarde que los becarios de la Junta,



Doctor Blas Cabrera. Al ser nombrado Negrín ministro de Hacienda, se rodeó de colaboradores inmediatos procedentes de sus equipos de investigación científica: por ejemplo, los doctores Blas Cabrera y Rafael Méndez.

mos que la generalidad de los becarios de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas no solían cursar más de uno o dos años académicos en Universidades transpirenaicas. Tengamos también presente que en 1906 don Santiago Ramón y Cajal había recibido el Premio Nobel de Medicina por sus trabajos sobre el sistema nervioso humano, y es verosímil suponer que el reconocimiento internacional de la obra científica de un español operó muy decisivamente en la vocación investigadora de Juan Negrín que iniciaba entonces sus estudios médicos. Mas aquella Alemania de la ciencia era también la vanguardia del socialismo europeo, y en los ámbitos universitarios alemanes abundaban los llamados «socialistas de cátedra». La «germaniza-

regresó a España. Y en 1916, gracias al apoyo de Cajal, se instaló para él un laboratorio de fisiología en los sótanos de la nueva Residencia de Estudiantes madrileña. Fueron revalidados sus estudios médicos y en 1922 se presentó a las oposiciones convocadas para la cátedra de Fisiología de la Universidad de Madrid, que ganó sin dificultad; la nota que apareció el 22 de febrero en el periódico *El Sol* sobre el nuevo catedrático, mostraba que el doctor Negrín era ya conocido como excelente maestro de investigadores científicos. Al año siguiente, 1923, fue nombrado secretario de la Facultad de Medicina, cargo en el cual reveló su gran capacidad ejecutiva. Y, en 1927, al decretarse por Alfonso XIII la edificación de la Ciudad Universitaria, fue nombrado el doc-



Facultad de Medicina y Farmacia, vista desde el Hospital Clínico. En 1927, al decretarse por Alfonso XIII la edificación de la Ciudad Universitaria, fue nombrado el doctor Negrín secretario de la Junta Constructora, tarea por la que nunca quiso percibir retribución alguna.

tor Negrín secretario de la Junta Constructora; a esa función ejecutiva universitaria —desempeñada hasta el comienzo de la guerra de 1936-1939 sin percibir retribución alguna— dio el doctor Negrín sus más entusiastas e imaginativas energías. Los primeros trabajos se iniciaron en junio de 1929; pocas semanas antes el doctor Negrín había ingresado en el Partido Socialista Obrero Español. Conviene tener presente —en relación con este ingreso— que hasta entonces eran poco numerosos los intelectuales socialistas españoles; de ahí que tanto el diario del partido *El Socialista*, como el periódico liberal *El Sol*, dieran la noticia en lugar destacado. El doctor Negrín publicó en esas fechas un artículo en *El Socialista*, que es forzoso relacionar con su entusiasmo constructor de la Ciudad Universitaria: se titulaba «La democratización de la Universidad». No podemos comentarlo ahora, pero su conclusión expresa sucintamente el pensamiento del doctor Negrín; aspiraba a que se pudiera realizar una verdadera democratización de la Universidad —democratización que para él equivalía a facilitar «el ingreso de la masa proletaria en la Universidad—, porque la actividad intelectual española adquiriría mediante ese aporte de nueva sangre social «un sentido más humano y una concepción más seria de la vida, mayor virilidad y entereza» y quedaría quebrantado «tanto narcisismo infecedero...». Pero el doctor Negrín no se incorporó al grupo directivo del Partido Socialista (como había sucedido en el caso de don Julián Besteiro, presidente entonces del partido), ni se asoció estrechamente con una rama ideológica como hicieron sus íntimos amigos de entonces, los periodistas Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo, figuras intelectuales que tanta importancia tendrían más tarde en la actitud política de Francisco Largo Caballero. Para el doctor Negrín el Partido Socialista era, entonces, en primer lugar «el único partido realmente republicano que existe en España». Esta afirmación suya fue pronunciada en una conferencia que dio el 1 de diciem-

bre de 1929 en la Casa del Pueblo madrileña sobre el tema «La ciencia y el socialismo». Tema apenas esbozado por el doctor Negrín, en contraste con la reiteración de su republicanismo: «Fui republicano —declaraba— desde que tuve sensibilidad política —y añadía—: Esta fue una razón decisiva para mí», refiriéndose a su ingreso en el Partido Socialista. Todos sabemos que en 1929 los intelectuales españoles más destacados eran abiertamente republicanos, pues consideraban el gobierno del general Primo de Rivera como un anacronismo que separaba a España del resto de Europa. Y, como ya señalamos, el Partido Socialista aparecía como el partido «europeísta». Recordemos, a este propósito, un texto del joven Ortega, publicado hace pocos años en el volumen X de sus *Obras completas*, procedente de un diario personal que empezó a escribir en 1914. Dice así:

«Al anochecer voy al paseo de Rosales... la línea cortada de la sierra se desarrolla sobre el horizonte, limpia, clara, de color violeta... Sobre ese fondo se me aparece la figura de Pablo Iglesias que camina solo... Dan los reflejos de oro y sangre una patética reverberación a su noble cabeza de apóstol europeo...».

Para Ortega (en 1914), Pablo Iglesias era un «apóstol europeo», esto es, «europeizador». Y en 1929 el sucesor de Pablo Iglesias en la presidencia del Partido Socialista era Julián Besteiro, catedrático de lógica en la Universidad de Madrid y antiguo becario de la Junta para Ampliación de Estudios, justamente en Leipzig, donde él y Juan Negrín se conocieron. Ha de apuntarse, sin embargo, que Besteiro se oponía muy firmemente a la participación del Partido en las conspiraciones republicanas del fin de la dictadura del general Primo de Rivera. La adhesión socialista de Negrín —con su declarado republicanismo— tenía forzosamente que parecer a sus oyentes (y a los lectores de *El Socialista*) también como una expresión de identificación con la «minoría» republicana de los dirigentes socialistas (en-

tre los cuales se destacaba Indalecio Prieto). Ha de añadirse también que don Julián Besteiro se consideraba como un fiel marxista, y el doctor Negrín, en cambio, llegó a llamarse a sí mismo (muchos años después) «el único socialista no-marxista» de su partido. Un venerable socialista, que tiene la fortuna de contar noventa y cinco años y una prodigiosa memoria, me decía no hace mucho en Madrid: «Negrín era, sobre todo, un ecléctico». Y no lo decía, ese amigo del doctor Negrín, en tono crítico. Señalaba así el carácter casi pragmático del socialismo de Negrín, o dicho en otros términos, para Negrín (como para la mayoría de los intelectuales españoles en 1929), la forma de gobierno republicana era la vía para que España llegara a ser una nación enteramente europea. Y el Partido Socialista era el camino más eficaz para conseguir la modernización de España. Recordemos, a este propósito, un texto muy revelador de un ilustre intelectual, amigo entonces del doctor Negrín: el doctor Marañón. «Sólo nos queda el socialismo como disciplina o como ideología», escribía don Gregorio en agosto de 1929. Y aconsejaba a los intelectuales «ingresar en el Partido en marcha». Marañón no siguió su propio consejo, mas sus palabras testimonian del estado de ánimo de la comunidad intelectual española en 1929. Podemos, pues, sostener que el ingreso del doctor Negrín en el Partido Socialista en 1929 fue un gesto muy representativo de la orientación europeísta de su generación, la generación de Ortega y Marañón, la de 1914.

La entrada oficial del doctor Negrín en la actividad política nacional (como en el caso de muchos compañeros suyos de generación) fue en 1931 cuando resultó elegido diputado a las Cortes Constituyentes de la Segunda República por la provincia de Las Palmas. Ha de precisarse que el doctor Negrín no era conocido políticamente en su isla natal y su familia pertenecía más bien al campo «conservador», tan importante en Gran Canaria. No podemos ahora detener-

nos en detalles de historia electoral, pero debemos hacer resaltar que la elección del doctor Negrín (y junto con él la de otro socialista, su amigo y colega, el doctor Pascua) se debió al apoyo decidido de los trabajadores del puerto de Las Palmas y al gran esfuerzo organizador de algunos jóvenes del Partido Socialista de aquella capital. En 1933 perdió en Las Palmas, pero como aparecía también en la candidatura socialista de Madrid, fue reelegido diputado con un alto número de sufragios. En 1936 fue reelegido en Madrid y resultó victorioso en Las Palmas, optando por representar a su provincia en las nuevas Cortes. El doctor Negrín fue así representante parlamentario en las tres Cortes de la Segunda República; pero su actividad en las Cortes, hasta la iniciación de la guerra de 1936-1939, se concentró en la Comisión de Presupuestos y sus intervenciones en la Cámara se limitaron siempre a defensas o aclaraciones de las propuestas hechas o aprobadas por la Comisión aludida. No fue, por lo tanto, el doctor Negrín el tipo de intelectual que se destacó por su oratoria en las Cortes republicanas prebélicas: sabía que no disponía de la facilidad verbal de algunos de sus amigos, pero además estimaba que el trabajo efectivo del Parlamento debería hacerse en lo que él llamó en 1934 «una especie de Parlamento adjunto que fuera como una serie de consejos técnicos que se encargaran de dictaminar sobre las leyes que habían de venir al Parlamento». El doctor Negrín, en suma, deseaba que las Cortes fueran un instrumento de eficacia legislativa para la rápida transformación de la vida española. Debe subrayarse aquí que al doctor Negrín se le elogió en las Cortes Constituyentes por su «tono mesurado y amable» al contestar preguntas de adversarios políticos.

Su dominio de los idiomas principales de Europa hizo que se le designara para representar a la nación española en dos organismos internacionales: la Oficina Internacional del Trabajo, sección de la Sociedad de las Naciones en Gi-

Lectric Shave de Williams. Porque los pelos de su barba no se levantan con Ud.

Durante la noche los poros de su piel se dilatan.

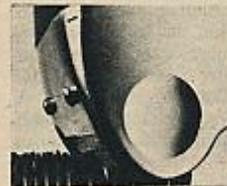
Por la mañana, cuando usted se levanta, los pelos de su barba duermen todavía en el interior del poro abierto.



Por eso, si usted escoge ese momento para afeitarse, su máquina eléctrica cortará sólo parcialmente su barba.

Para conseguir un afeitado a primera hora de la mañana que dure todo el día, la única solución es usar Lectric Shave de Williams.

Lectric Shave cierra los poros al instante obligando a los pelos a salir y enderezarse para que su afeitadora pueda cortarlos de raíz.



Lectric Shave lubrica también la piel para que su máquina se deslice rápida y cómodamente sin irritar el cutis.

Además su acción suavizante se prolonga durante horas protegiendo la piel de los agentes atmosféricos.

No importa cual sea la marca o la antigüedad de su máquina de afeitar.



Utilice Lectric Shave y conseguirá afeitados más agradables.

Y mucho más duraderos.

Su máquina eléctrica bien merece otra oportunidad.



Lectric Shave.
de williams
Para antes del afeitado.



JUAN NEGRÍN

nebra y la Unión Interparlamentaria Europea, con sede variable, en las cuales encabezaba la delegación de su país. Todas estas actividades, derivadas de su cargo parlamentario, obligaron al doctor Negrín a abandonar prácticamente la investigación científica y la docencia universitaria: en 1934 le fue concedida la excedencia de su cátedra, aunque continuó dedicado a las tareas constructoras de la Ciudad Universitaria madrileña. No puede, pues, hablarse de una paralela actividad científica-política en Negrín, desde el comienzo de la Segunda República. Su trabajo parlamentario —era quizá el doctor Negrín uno de los pocos diputados que estudiaban cuidadosamente el presupuesto nacional y su información internacional hacían de él, antes de 1936, uno de los contados hombres públicos españoles que estaban verdaderamente preparados para comprender las complejidades de aquellas realidades europeas de aquellos años. Baste citar dos datos muy reveladores: el doctor Negrín era probablemente el único lector en Madrid de numerosas publicaciones extranjeras de muy diversa índole, entre ellas la norteamericana *Foreign Affairs* (quizá la primera revista de ciencia política internacional entonces) y el ultraconservador diario francés, *L'Action Française*. O sea, en el primer caso, la perspectiva más objetiva, más «neutral», de la situación internacional. Y en el segundo, las raíces profundísimas en Francia de las creencias tradicionalistas. El doctor Negrín conocía bien así al que podríamos llamar «adversario» de la Europa de la Sociedad de las Naciones y de la Unión Interparlamentaria: no era, en suma, el doctor Negrín uno de los ingenios intelectuales internacionales de aquellos años. Sabía que la Europa unida, soñada por sus maestros alemanes de 1912, contaba con muy reales enemigos y con muy arraigados sentimientos nacionalistas. Y también era el doctor Negrín, en la primavera de 1936, uno de los escasos diputados socialistas que sabían cuán difícilmente podría transformarse la estructura social y la forma de vida nacional de un país como España; de ahí que creyera entonces que su amigo y correligionario, Indalecio Prieto —aun sin contar con los votos parlamentarios de todos los diputados socialistas—, era el único candidato posible para la jefatura de un gobierno republicano empeñado en evitar un conflicto sangriento. Y, después de la designación de Casares Quiroga para la presidencia del Consejo de Ministros —designación que el doctor Negrín, como muchos políticos republicanos, consideró un grave error del Presidente Azaña—, se esforzó entonces por persuadir a algunos amigos de los partidos de la derecha que evitaran rompimientos irreparables. Doy estos datos porque me los ha confiado una persona de absoluta integridad que militaba en el ala izquierda del Partido Socialista, o sea, entre los

enemigos de Indalecio Prieto, a quien tanto admiraba el doctor Negrín. Pero los doy también a manera de conjetura retrospectiva, muy verosímil, dado el vasto conocimiento que tenía el doctor Negrín de la situación Internacional. O puesto en brevísimas palabras: el doctor Negrín sabía que un intento revolucionario en España por parte de la izquierda estaba condenado al fracaso o, al menos, a una lucha sangrienta de muy imprevisibles consecuencias. La Europa de 1936 —e incluso la situación norteamericana después de la crisis financiera de 1929— ofrecía para la Segunda República muy poco favorables augurios.

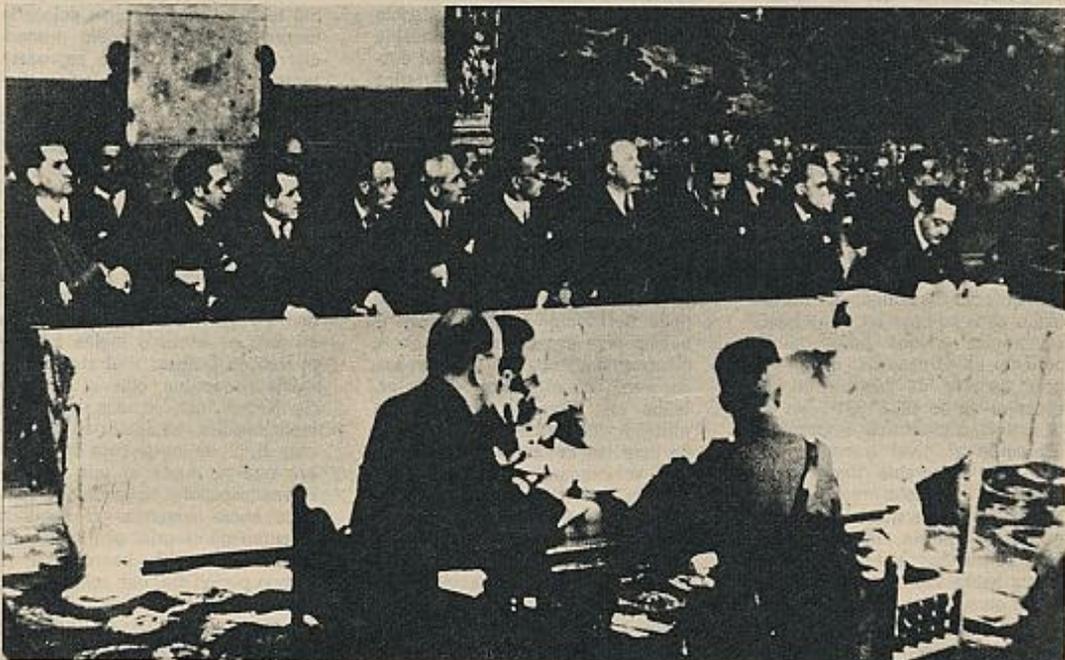
El doctor Negrín, al iniciarse la guerra de 1936-1939, se encontró en una situación aparentemente paradójica: la de participar con toda su energía y toda su imaginación en una guerra que él había querido evitar. Otros destacados intelectuales españoles —que también se habían esforzado por prevenir el estallido divisorio— abandonaron el país, y en otras tierras continuaron sus investigaciones científicas y humanísticas. El doctor Negrín sacrificó definitivamente su vocación científica, aunque facilitó a discípulos y colegas que se trasladaran a los lugares de Europa y América apropiados a sus trabajos personales. Pero al ser nombrado ministro de Hacienda el 4 de septiembre de 1936, en el nuevo gobierno presidido por Francisco Largo Caballero —nombramiento que se debió a la iniciativa de Indalecio Prieto—, el doctor Negrín se rodeó de colaboradores inmediatos procedentes de sus equipos de investigación científica; por ejemplo, los doctores Blas Cabrera

y Rafael Méndez. E inmediatamente se puso en relación con sus amigos y colegas de otros países que podían ayudar en diversas formas a la Segunda República (por ejemplo, el doctor Cannon, de Harvard). Vio, además, que la Hacienda republicana tenía una doble función: una función nacional —la de proveer de fondos al gobierno de la República y a sus organismos— y una función internacional, la de cumplir todos los compromisos financieros contraídos por España antes de 1936. Las dos funciones equivalían a una principal y urgente operación monetaria: la de contar con las necesarias divisas extranjeras. Esta necesidad de divisas llevó a su vez a tomar dos decisiones, aparentemente inconexas, por el doctor Negrín: la primera, el control gubernamental efectivo de las fronteras y puertos de la zona republicana. La segunda —la más debatida y compleja— fue la conveniencia de utilizar las reservas de oro del Banco de España. Conviene recordar, en relación con la primera decisión, que la España republicana perdía cuantiosas cantidades de divisas al no ser entregadas al gobierno las obtenidas por entidades sindicales mediante la exportación, sobre todo de agrios. El doctor Negrín resolvió con relativa rapidez los problemas creados por esa constante merma al ampliar y reforzar notablemente el Cuerpo de Carabineros —fuerza armada dependiente del Ministerio de Hacienda—, cuya dirección encomendó a su discípulo, el farmacólogo Rafael Méndez. Respecto al famoso «asunto del oro» transportado a la Unión Soviética puedo citar el testimonio de un economista (hoy residen-

te en México y nada cercano ideológicamente al doctor Negrín) que me relató que el ministro recabó el consejo de los técnicos del Ministerio. Mencionemos también que el gobierno republicano no percibía entonces apenas ingresos: el ministro de Hacienda tenía, por lo tanto, la mayor responsabilidad gubernamental después del Presidente del Consejo y ministro de la Guerra, don Francisco Largo Caballero. Y fue, sin duda, la extraordinaria eficacia del doctor Negrín en Hacienda, que llevó al Presidente Azaña a confiarle la jefatura del gobierno republicano tras la crisis planteada por los ministros comunistas a principios de mayo de 1937. No podemos, ahora, entrar a considerar esa crisis —que durante muchos años dividirá siempre a los historiadores de la Segunda República en «largocaballistas» y «prietistas», pero si debemos marcar la fecha del 17 de mayo de 1937 como el comienzo histórico del hombre de Estado que fue Juan Negrín: la segunda «revelación» de una capacidad insospechada para el gobierno, tras la primera de Manuel Azaña en el otoño de 1931.

Retrasemos ahora la cronología de nuestro relato y acudamos al ensayo de Ortega, «Mirabeau o el político», que me parece particularmente útil al considerar la personalidad histórica de Juan Negrín. Y hasta me pregunto si don Juan no habrá recordado ese ensayo que seguramente leyó en la fecha de su publicación, 1927. Dejemos de lado algo que no por sorprendentemente cierto es significativo para nuestro propósito: la alusión que hace Ortega a la «espléndida fisiología» de los grandes políti-

En el gobierno de la República, de 1938. Negrín, al iniciarse la guerra, se encontró en una situación aparentemente paradójica: la de participar con toda su energía en una guerra que él había querido evitar. En 1947 defendería la inclusión de España en el Plan Marshall.



JUAN NEGRIN

cos, en contraste con la naturaleza más bien enfermiza de los intelectuales. ¡No hay duda que el doctor Negrin era, además de fisiólogo, una «espléndida fisiología». Pero como diría mi maestro Américo Castro, la leyenda fisiológica del doctor Negrin no es materia verdaderamente **historiable**. El fragmento del ensayo de Ortega sobre Mirabeau, que me parece adecuado a nuestro propósito, es el siguiente:

«El intelectual no siente la necesidad de la acción. Al contrario: siente la acción como perturbación que conviene eludir, y sólo, cuando es forzosa, a regañadientes y de mala manera, ejecutar».

Sin posible duda, un intelectual-hombre de ciencia no se vería descrito en el texto orteguiano. Para el tipo de hombre científico que era Juan Negrin, la acción era parte diaria de su actividad profesional: eludiría sería tan inconcebible como dejar cerrado el laboratorio. De ahí que pueda sugerirse que el hombre de ciencia es, potencialmente, un intelectual más preparado para las tareas del gobierno que el humanista. Mas es también patente que el científico riguroso —el hombre de ciencia entregado totalmente a su tarea investigadora— no está preparado para la complejísima labor del estadista: basta cotejar la historia de la ciencia y la de la política en los países que han descollado en la historia universal de los dos últimos siglos para concluir que escasísimos estadistas han procedido de las carreras científicas. La política, en verdad, es incluso vista como la gran enemiga psicológica, por así decir, de la investigación científica; recordemos los sabios consejos que da don Santiago Ramón y Cajal en sus **Reglas y consejos para la investigación científica**. El aislamiento es indispensable para el científico, mientras que la tarea del gobernante obliga a la relación social casi constante. ¿Cómo puede, pues, decirse que un hombre de ciencia está más preparado que un hombre de letras para la acción política? Dejando de lado las decisivas singularidades personales propongo al lector una hipótesis «plausible» (como diría Gracián): hay en ciertos países y en ciertas condiciones históricas hombres de ciencia que no se encierran en su actividad científica, que no son, estrictamente creadores científicos, y que por su actividad docente hacen avanzar considerablemente su disciplina. Ahí me detengo para no caer en la tentación sociológica a que antes aludía, pero tal es el caso del doctor Negrin, hombre de ciencia en una España —la de 1922-1931— en que la actividad científica empezaba a acercarse al nivel transpirenaico. Una muy venerable figura de la medicina española, que convivió profesionalmente muchos años con el doctor Negrin, me decía que éste sentía que al abandonar Alemania había sacrificado ya su porvenir como gran investigador de la fisiología humana y que sólo podía aspirar a formar un equipo

de investigadores que un día no muy lejano alcanzarían el nivel científico que él mismo se había implícitamente vedado al instalarse en España y puede decirse que la categoría internacional de algunos discípulos del doctor Negrin (el doctor Severo Ochoa, por ejemplo) es una prueba confirmatoria de lo que aquel maestro apuntaba.

Adelantemos ahora la cronología y resumamos muy brevemente la ponencia que el doctor Negrin presentó el 28 de septiembre de 1941 en un Congreso de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias: «Ciencia y gobierno» fue el tema de esa ponencia. Es quizá uno de los textos más reveladores del doctor Negrin; fue escrito probablemente en inglés por el mismo Negrin, en contraste con algunos de sus discursos de 1937 y 1938 que fueron sólo parcialmente de su mano. Y, como siempre sucede, en el estilo se transparenta la persona entera, el hombre verdadero. Indica el doctor Negrin que su ponencia era el resultado de una experiencia personal ya que él se había visto obligado por las circunstancias españolas a participar en la vida política del país y a ejercer funciones de gobernante que él no había buscado. Señala, en primer lugar, que los métodos y los objetivos de la ciencia y del gobierno son muy diferentes, pero no cree, como Ortega, que sean mutuamente excluyentes. La naturaleza humana es un conglomerado de fuerzas antagónicas y la ciencia facilita al estadista la comprensión y la atenuación de esas antinomias en los hombres y en la sociedad. Por otra parte, añade el doctor Negrin, todo gran estadista tiende a padecer una deformación profesional: si es de ánimo resolutivo puede desdénar la cautela y la moderación. Los hábitos mentales de la investigación científica, mantiene el doctor Negrin, permiten al estadista conciliar esas opuestas virtudes profesionales. Y, sobre todo, el hombre de ciencia da al gobernante un indispensable contrapeso: la duda. Señala el doctor Negrin que la característica principal del estadista es la fe en sí mismo, o más precisamente la fe en la utilidad de la propia tarea. Pero esa fe, sin una fuerte dosis de duda, llevaría al estadista a un ciego y dañino dogmatismo. Finalmente, el hombre de ciencia es, naturalmente, tolerante y el hombre de estado necesita tanto la tolerancia como la firmeza. Este texto del doctor Negrin requeriría mucho más espacio del que ahora disponemos: muestra, sin embargo, cómo en el doctor Negrin actuaba una firme creencia en la utilidad del pensamiento científico para las tareas del gobernante.

Si volvemos ahora a aquella primavera de 1937 cuando el doctor Negrin asumió la jefatura del gobierno republicano notamos de inmediato un cambio en el ámbito gubernamental: la capacidad intelectual del nuevo presidente del Consejo de Ministros correspondía a la complejidad nacional e inter-

nacional de la guerra española. Esto se comprobó, fuera de España, en la sesión de la Sociedad de las Naciones de septiembre de 1937. A España tocaba en esa sesión (la decimooctava) presidir su inauguración por pertenecer entonces al Consejo de la Sociedad y ocupar también la presidencia por rotación. Lo usual en la Sociedad de las Naciones era que los países miembros fueran representados por los ministros de Relaciones Exteriores, pero el doctor Negrin decidió ir a Ginebra como jefe de la delegación española. La sede de la Sociedad de las Naciones no era lugar extraño para él puesto que había asistido a las sesiones de la Oficina Internacional del Trabajo desde los primeros años de la República. El primer acto del doctor Negrin fue ofrecer a los periodistas acreditados ante la Sociedad de las Naciones el almuerzo tradicional al que les invitaba el presidente de la sesión correspondiente. Y, a los postres, el doctor Negrin pronunció (en francés) su primer discurso en Ginebra como jefe del gobierno español. Uno de los periodistas españoles presentes se refiere a las «cualidades literarias» de esa intervención del doctor Negrin como una revelación para él; y, en efecto, es un texto muy apropiado a las circunstancias, sin solemnidad, pero con acusada seriedad. El doctor Negrin sabía, además, que entre los comensales se encontraban representantes de las delegaciones oficiales de muchos países, y, por lo tanto, sus palabras iban a ser diseminadas por la prensa y meditaciones por los diplomáticos allí presentes. El tema central fue mostrar que el problema español había de verse como un preludio de lo que se avecinaba en toda Europa, y aconsejaba a sus oyentes que se prepararan para un futuro sombrío. En la tarde del mismo día, el doctor Negrin abrió la sesión de la Sociedad de las Naciones y cedió temporalmente a otro delegado la presidencia para poder pronunciar un discurso como representante de España. No podemos ahora comentar ese largo discurso, pero su efecto se trasluce en la admiración del periodista español antes citado que se refiere al «empaque con que el doctor Negrin lo ha leído» y a la «elegante pronunciación de nuestro compatriota». Al día siguiente, el doctor Negrin ofreció un almuerzo a los demás miembros del Consejo de la Sociedad de las Naciones, sentando a su lado al ministro inglés Eden y al francés Delbos. Y el aludido periodista escribía que la relación de Negrin con los dos ministros mencionados «ha adquirido un tono muy difícil de lograr para otro hombre que no fuera el jefe del gobierno español». No podemos tampoco ahora comentar el segundo discurso de Negrin, el 18 de septiembre de 1937; baste citar al mismo periodista, que señalaba que «el doctor Negrin constituye el mejor argumento contra todas las campañas que han intentado mer-

rar la significación de la República». La estancia de Negrin en Ginebra y su acción diplomática fueron, sin duda, un triunfo político para el gobierno por él representado; pero, sobre todo, dieron al propio doctor Negrin la fe en la utilidad de la tarea del estadista a que se refería en la ponencia antes citada. El Negrin que vuelve a España —y que presenta por vez primera su gobierno a las Cortes el 1 de octubre de 1937 en la Lonja valenciana —es ya él mismo: el hombre de ciencia que se sabe preparado para poder actuar en la política europea, en la trágica Europa del bienio 1937-1939. Y me arriesgo a afirmar que percibió en Ginebra que él era también más fuerte (moralmente hablando) que los demás representantes de las potencias democráticas, porque veía más claramente que aquellos los enormes peligros que amenazaban la paz europea. Y puede suponerse que a partir de la reunión de Ginebra el doctor Negrin sintió que la España republicana representaba sobre todo una **voluntad** más que una real posibilidad de victoria bélica; en suma, que el problema militar de la guerra española había que verlo dentro del vasto panorama internacional, dentro de lo que él llamaría más tarde «la guerra de Europa». De ahí —de ese sentimiento «panorámico», por así decirlo— procedería toda la política subsiguiente del doctor Negrin: la responsabilidad republicana española era, por lo tanto, muy considerable. Sostenerse en pie —«resistir» como se diría desde 1938— era esperar la irremediable guerra general, que podría comenzar en cualquier momento en Europa.

Quisiera ahora hacer un breve inciso y apuntar de nuevo a ciertas características del hombre de ciencia español que era el doctor Negrin. No sé si en el momento de fijar su vocación, en sus tempranos años de Alemania, actuó en él el libro de Cajal, **Reglas y consejos para la investigación científica**: en ese libro (que tanta importancia ha tenido en la historia intelectual española del siglo XX) se acentúa notablemente la importancia de lo que Cajal llama «los tónicos de la voluntad». Cajal dice, en pocas palabras, que el hacer ciencia los españoles depende de la voluntad, de cada voluntad individual. Y me pregunto si no actuaba en Negrin el mismo convencimiento, si no daba la misma importancia a la voluntad y tanto o más en los asuntos políticos que en la ciencia.

Volvamos ahora a Ginebra, a la atmósfera trágica de los días que precedieron la llamada Conferencia de Munich, el 29 de septiembre de 1938. El doctor Negrin había llegado a Ginebra el 18 de septiembre, y comprobó rápidamente el desánimo de los representantes de los países más poderosos de la Europa liberal frente a las amenazas de la Alemania hitleriana. El día 21 pronunció un discurso relativo a la presencia en España, en



Con Azaña, en Barcelona.

los dos campos en lucha, de soldados extranjeros, y en nombre del gobierno republicano ofreció la retirada de todos los soldados de origen extranjero del Ejército republicano. Pero el tono de su intervención, la energía de sus palabras, apuntaba también a dar un ejemplo de confianza en la propia voluntad a las naciones democráticas allí representadas. Mas las naciones más poderosas de la Europa liberal cedieron ante las que podemos llamar justamente «fuerzas del mal» y se celebró la aludida Conferencia de Munich con las consecuencias conocidas. El doctor Negrín regresó pronto a Barcelona, y el 30 de septiembre pronunció ante las Cortes, congregadas en el monasterio románico de San Cugat del Vallés, uno de sus más memorables discursos. No tenemos tiempo ni es la ocasión de comentarlo ahora, sería entrar en largas consideraciones que equivaldrían a hacer la historia de una parte de la guerra española de 1936-1939. Citemos solamente una frase que fue el lema constante de Juan Negrín: «La guerra se pierde cuando da uno la guerra por perdida». Y sugiero que esta actitud «voluntática», por así decir, del doctor Negrín corresponde mucho más al espíritu de un hombre de ciencia —y en particular de ciencia médica— que al de un político usual o al de un intelectual humanista. Una vocación científica implica, en sí misma, una firme creencia en el poder de la

voluntad inteligente del hombre.

Adelantemos ahora considerablemente la cronología y consideremos rápidamente los artículos que el doctor Negrín publicó en el *Herald Tribune* de París en 1947. No tenía entonces el doctor Negrín ninguna actividad política, era solamente un exiliado residente en París. Los artículos produjeron sensación en los grupos exiliados y en cierto grado determinaron en los más afines al doctor Negrín una fuerte hostilidad a su persona política. El doctor Negrín pedía a los Estados Unidos, y a los administradores del llamado Plan Marshall, que estudiaran los modos de incorporar a España al grupo de naciones que debían recibir los beneficios de la ayuda norteamericana. En México he tenido la buena fortuna de conocer un epistolario del doctor Negrín —dirigido a un amigo y dirigente socialista del campo «negrinista», que aclara el significado de esos famosos artículos y revela claramente la personalidad política de su autor. No tengo ahora la autorización necesaria para citar textos de esos documentos privados, pero puedo asegurar al lector que cuando se publique ese epistolario quedarán precisados aspectos tan centrales de la política del doctor Negrín (en sus años de presidente del Consejo de Ministros) como los de su relación con la Unión Soviética. Y así, al amigo que le reprochaba el adherirse a un proyecto de ayuda a Europa que era visto

por la Unión Soviética como contrario a sus intereses, el doctor Negrín contestaba diciéndole que a él le interesaba la situación del pueblo español y no lo que pudiera pensar la Unión Soviética de las finalidades del Plan Marshall. En suma, esas cartas (y otros documentos) mostrarán en su día que al doctor Negrín no puede achársele el ser un seguidor mecánico de la política soviética, como desgraciadamente siguen afirmando algunos dizque historiadores de la guerra española de 1936-1939. Y creo no ser arbitrario si afirmo ahora, para concluir, que en pocos hombres de la historia europea del último siglo y medio se ha dado —como en el doctor Negrín— una fusión semejante de inteligencia y carácter, de entereza moral y capacidad intelectual. Fusión que —dejando de lado lo específico personal— fue también posible porque en la España de 1926-1936 se dio una coincidencia casi astrológica de cabezas inteligentes y de cabezas valientes. O volviendo al principio de estas consideraciones: la guerra española de 1936-1939 es tema permanente para el historiador del siglo XX porque la España de la década 1926-1936 había alcanzado el nivel más alto —y más universal— de toda su historia desde el llamado Siglo de Oro. Altura y universalidad en las cuales desempeñó un papel fundamental el pensamiento científico. ■ J. M. Harvard University.

Alianza Editorial

El Libro de Bolsillo

**504

Camilo José Cela
Diccionario secreto, 1

**505

Camilo José Cela
Diccionario secreto, 2
(Primera parte)

**506

Camilo José Cela
Diccionario secreto, 2
(Segunda parte)

507

Friedrich Nietzsche
El Anticristo

*509

Arthur Koestler
Autobiografía
3. Euforia y utopía

**517

Daniel Sueiro
La pena de muerte:
ceremonial, historia,
procedimientos

518

Denis Diderot
Esto no es un cuento

Alianza Universidad

74

Albert Bandura y
Richard H. Walters
Aprendizaje social y
desarrollo de la personalidad
296 págs., 240 ptas.

75

E. H. Carr
Historia de la Rusia Soviética
El Interregno (1923-1924)
392 págs., 260 ptas.

76

A. C. Crombie
Historia de la Ciencia
De San Agustín a Galileo
1.- Siglos V-XIII
296 págs., 240 ptas.

77

A. C. Crombie
Historia de la Ciencia
De San Agustín a Galileo
2.- Siglos XIII-XVII
360 págs., 260 ptas.